

Amnésicos, leales y arrepentidos

Los autobiógrafos españoles ante la Guerra Civil

Manuel Alberca

A Manuela Aldea y Miguel Monzón,
que han sabido guardar memoria de la guerra
y transmitirla.

En los últimos 25 años se ha escrito mucho de la Guerra Civil Española, la guerra por antonomasia: historiadores, biógrafos y autobiógrafos, que es de lo que aquí se trata, han ampliado y matizado los datos y valoraciones que teníamos de ésta. Sin embargo, falta una visión de conjunto actualizada, completa y rigurosa que, teniendo en cuenta los partidismos lógicos, pudiera ser aceptada por la mayoría de los españoles. Un autobiógrafo tan ponderado como Manuel Azcárate señala que nuestra memoria de la guerra es todavía «una memoria mutilada» (*Derrotas y esperanzas*, 1994:184), cuando no falseada, pues todavía hoy se pueden leer opiniones tan alejadas de la verdad histórica como la siguiente: «A pesar de los enardecimientos bélicos, la guerra civil fue una extraña confrontación en la que los ganadores no se sintieron particularmente orgullosos de su hazaña. Al contrario, fuera ya de la exaltación propagandística, los «nacionales» se sintieron más bien dolidos y hasta moralmente derrotados» (Amando de Miguel, *Autobiografía de los españoles*, 1997:168). Ni decir tiene que lo disimularon muy bien.

Por otra parte, muchos relatos y análisis de la guerra, guiados por un deseo de exorcizarla, han invitado a la sociedad española de los últimos años a una operación de amnesia o de consenso para presentarla como un gratuito ritual de sangre o como un envite de dementes: «En cada uno de ambos bandos de la guerra civil española medio centenar de locos puso en danza a dos millares de aventureros y entre todos acojonaron y metieron en cintura a veintiocho millones de hombres y mujeres, que ni se movieron siquiera amparándose en el ingenuo argumento de que nada tenían que temer puesto que nada hicieron...» (Cela, *Memorias, entendimientos y voluntades*, 1993:210). Con juicios como éste, que parecen renunciar a la explicación de los hechos, basta para comprobar que estamos lejos, en

algunos casos, de querer conocer y comprender los hechos y de extraer sus posibles enseñanzas históricas. Por esta razón, desde la pluralidad de los textos memorialísticos seleccionados, literarios en mi caso, y del «diálogo» que su lectura cruzada sugiere, se puede avanzar hacia una comprensión más ajustada de sus causas y más tolerante con las motivaciones de los contendientes.

La Guerra Civil sigue siendo a pesar de todo una de las pocas referencias políticas e ideológicas estables de la sociedad española. Frente a aquella guerra los que vivieron e intervinieron en ella (y también muchos que no habían nacido todavía), se definen política, ideológica y hasta humanamente de manera ineludible. Sin embargo, los españoles hemos acordado tácitamente un silencio cauteloso y no una recuperación digna de esa parte de nuestro pasado reciente más terrible. Hoy, cuando se imponen las posiciones indefinidas o ambiguas, la guerra es un tema que no admite componendas y por eso quizá hemos decidido pasar la página sin haberla leído y asumido, a veces camuflando o distorsionando hasta lo más evidente. Se lleva decir que está felizmente superada, incluso se aduce como una prueba o una ventaja de esto que la mayoría de los jóvenes menores de veinte años desconocen quién fue Franco. Pero esto, con ser cierto, ni es tranquilizador ni despeja de veras la gravitación ineludible de esta parte de nuestro pasado en el presente. Al contrario, la guerra y sus consecuencias son todavía una cuestión candente y un motivo de reflexión, como lo demuestran el interés que el documental cinematográfico de Javier Ríoyo y J. L. López Linares, *Extranjeros de sí mismos*, y el libro de Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, han despertado el pasado año, justo 65 después de su comienzo. Volver a revisar la guerra una vez más, a través de los testimonios autobiográficos de los que fueron actores o testigos de ésta, no es un ejercicio banal pues, con todas las limitaciones personales de sus autores y de las estrategias propias del discurso autobiográfico, el relato de la contienda y su valoración retrospectiva permiten entender mejor aquello que más nos resistimos a querer entender: nuestro pasado más trágico.

La Guerra Civil es sin ninguna duda el hito más relevante y trascendental de la historia española de los últimos cien años, por lo menos eso parece todavía desde el primer escalón del siglo XXI. La reciente historia de España ha estado, en mayor o menor grado, atravesada por ella de manera fatal y su influencia llega hasta nuestros días. Es lógico que entre los memorialistas que la vivieron sea una referencia inevitable, un «autobiografema» obligatorio, en el cual éstos, según los casos, se reafirman, se corrigen y hasta se olvidan de sus convicciones. Hay pocos autobiógrafos que hayan escapado voluntariamente a ese mandato biográfico. La guerra

fue un desafío histórico pero también particular, frente al cual el memoria- lista mide el tamaño de su responsabilidad como persona y escritor, porque además de un hecho colectivo la guerra fue también un acto de elección individual. Y este reto alcanza por igual a nacionales y republicanos, vencedores y vencidos, a los que escriben instados por la inmediatez que impone el exilio como a los que lo fueron demorando *sine die* hasta que la historia les alcanzó. Todos, desde sus respectivas posturas políticas y perspectivas temporales, relatan el episodio bélico, retratándose a veces a su pesar.

En principio este artículo pretendía dar cuenta del «otro» lado de la guerra: el lado más íntimo, el que normalmente queda eclipsado por el público. Pero, salvo excepciones, lo personal no aflora en los textos o queda demasiado subordinado a lo político. En estos testimonios predominan las perspectivas ideológicas y políticas, como si la guerra no hubiera tenido para muchos contenidos individuales: el miedo, el valor, la cobardía, el sufrimiento o la injusticia, es decir, el factor humano, el que posiblemente interesa más a los lectores. Las memorias de Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos* (1988) son un ejemplo extremo de hasta dónde se pueden escatimar los contenidos más personales. En su libro cuenta los servicios rendidos al gobierno de la República durante la guerra en el interior y en el extranjero, retrata con viveza y precisión a personajes notables de aquella época, tan distintos como Juan Negrín y Miguel de Molina, a los que conoció y trató, pero pasa de puntillas sorprendentemente por el asesinato de su padre en Burgos, hecho apenas mencionado de paso (1988:241). A este testimonio cabe contraponer el de Soledad Real (al no ser literario no se estudia aquí), en el que, a pesar de ser también una memoria militante, no faltan datos íntimos, al contrario, como si de una lucha simultánea se tratase, relata la participación en la guerra, al mismo tiempo que las desavenencias con su novio o la emancipación de su madre (*Las cárceles de Soledad Real*, 1982: 42-44).

La mayoría reconoce que la guerra y sus consecuencias le cambiaron la vida a la fuerza, y quizá por esto decide no hurgar otra vez en la herida y acomete el relato autobiográfico con el fin de apaciguar o de cancelar definitivamente el dolor, casi nunca de reconocerlo o enfrentarlo. Algunos sufren una amnesia inmediata y total, como Azorín, que en la primera oportunidad de recuperar su experiencia de la guerra prefiere refugiarse bajo el protector título de su libro, *Memorias inmemoriales* (1946), que es todo un programa de olvido. Este singular libro de Azorín evita el escollo bélico con una exagerada precaución. La misma o parecida prudencia obligó a Baroja a esquivar cualquier referencia a la guerra en sus extensas y lagu-

nares memorias, *Desde la última vuelta del camino* (escritas y publicadas entre 1941 y 1948). Para conocer lo que Baroja vivió y pensó de la guerra hay que remitirse al conjunto de artículos que entre los años 1936 y 1940 publicó preferentemente en la prensa de Argentina. Parte de esos textos se recogieron en forma de libro bajo el título de *Ayer y hoy* (Chile, 1939) y *Aquí París* (Madrid, 1955) y fueron reeditados en 1998. Leídos hoy componen una suerte de dietario, cuyo foco principal es la guerra y las circunstancias del escritor durante aquellos años, pero donde se encuentran también sus tajantes y personalísimos juicios sobre lo divino y lo humano, los judíos y los capitalistas, sobre las ciudades del centro y de la periferia, los países secos y los húmedos, sobre España y Francia, sobre comunistas y fascistas, etc. Ambos libros podrían y deberían ser considerados como una parte más de sus memorias a juicio de Miguel Sánchez-Ostiz.

A nadie que conozca a Baroja y su ideario político pueden sorprenderle los reiterados ataques al sistema democrático y parlamentario, al progreso, a los socialistas, a comunistas y políticos en general, pues él siempre defendió una suerte de apoliticismo, fundado en un individualismo radical de inspiración «anarco-liberal» (por identificarlo de alguna manera). A juicio del escritor vasco, la guerra le permitió comprobar el previsible fracaso de los políticos nefastos y su insaciable corrupción. En algún momento se percibe la íntima satisfacción del que ha acertado en su veredicto y ve ratificadas sus tesis sobre la crueldad de los españoles. Pero lo que llama la atención y lo que sorprende al lector de Baroja, por contradictoria o inexplicada, es la solución propuesta:

«En estos momentos soy partidario de una dictadura militar que esté basada en la pura autoridad y que tenga fuerza para dominar los instintos rencorosos y vengativos de la masa reaccionaria y de la masa socialista. (...) No creo que sea raro que un hombre como yo desee que aparezca el domador de esas bestias feroces, y que lo haga, no como el legendario Orfeo, con la lira en la mano, sino con el filo de la espada» (*Ayer y hoy*, 1998:37-38).

No sé si «raro», pero al proponer una salida de «fuerza y espada», Baroja parece haber olvidado su «liberalismo». Para comprender esta mudanza hay que evocar algunos de los episodios más relevantes vividos por el escritor durante la guerra: el «susto» que, al comienzo de la contienda, le dio una partida de requetés incontrolados, cuando lo detuvieron y amenazaron de muerte en las proximidades de Vera; la liberación de Baroja y del médico Ochoteco por la mediación de un oficial del estado mayor; su posterior huida a Francia a los pocos días; la estancia en París hasta el 37, en